

La universidad italiana, el fascismo y la posguerra*

Italian University, fascism and postwar

MASSIMO MASTROGREGORI
Biblioteca del Senato. Roma

RECIBIDO: MARZO DE 2012
ACEPTADO: OCTUBRE DE 2012

Resumen: Inserto en el amplio tema de la historia de la universidad y sus conexiones con el entorno en el que se desarrolla, este artículo recoge tres períodos de la historia del sistema universitario italiano: 1923-1950, 1950-1980, 1980-a la actualidad, insistiendo en los aspectos organizativos y en los nexos con la situación del momento.

Palabras clave: Italia, sistema universitario, fascismo, posguerra, 1968.

Abstract: Embedded in the broad subject of the history of the university and its connections with the environment in which it develops, this article presents three periods in the history of the Italian university system: 1923-1950, 1950-1980, 1980-to present, emphasizing the organizational aspects and links with the current situation.

Keywords: Italy, university system, fascism, postwar, 1968.

* Transcripción revisada y anotada de la comunicación al Congreso internacional *Un passé pour quel avenir?* con ocasión del 40 aniversario de la Université François-Rabelais de Tours, 6-7 octubre 2010; he mantenido el estilo polémico y directo de la exposición oral.

1. **M**e siento un tanto sobrepasado por el tema que se me ha confiado: ¿qué se puede decir razonable, históricamente, sobre la evolución de un sistema que en la actualidad está compuesto por 56 universidades de Estado o públicas, 13 universidades privadas, 3 politécnicas, 3 escuelas superiores, 2 universidades para extranjeros –un sistema de instituciones que agrupa a casi 2 millones de estudiantes y a casi 60.000 profesores e investigadores, que trabajan en todas las disciplinas del saber?

Me limitaré a una mirada panorámica y a unas observaciones rapsódicas sobre las humanidades. La perspectiva histórica que intento seguir sitúa la universidad en el centro de un sistema de nexos, de relaciones, de conexiones con los movimientos de la sociedad italiana, las condiciones culturales, los conflictos políticos. Me gustaría rehuir, en otras palabras, la tentación de hablar sólo de la universidad, aislada de una manera un tanto abstracta, objeto solitario.

Es verdad, sin embargo, que la universidad, podríamos decir que desde su nacimiento, es un universo paralelo, aislado del exterior, celoso de sus prerrogativas, privilegios, inmunidades –hasta cierto punto como el Ejército, o la Iglesia. Y que los profesores son a menudo excéntricos, a veces carismáticos¹. A menudo, de la excelencia en el saber, de la atención absoluta, casi obsesiva hacia una disciplina o hacia una serie de problemas que hay que resolver, se deriva con frecuencia una suspensión del interés sobre la realidad cotidiana –la construcción, en cierto modo, de un universo separado, un universo aparte–. Niccolò Ammaniti, un joven y célebre escritor italiano, ha escrito un cuento muy curioso, fantástico, que es un elogio oculto del profesor universitario. En ese cuento, el protagonista, un estudiante en vísperas de su examen de biología, aparece asesinado en la calle por varios motivos. Sin embargo, de forma mágica, resucita y se convierte en un repugnante zombi. Al fin, no sólo aprobará su examen, sino que su concentración total y exclusiva sobre la biología de los braquiópodos le abrirá las puertas de una carrera universitaria rápida y luminosa. Es verdad que el hecho de presentar al universitario como un zombi o un aparecido puede parecer sarcástico, pero de hecho creo que en esas páginas se lee un elogio de la concentración total, absoluta, sobre un tema de estudio, característica del sabio universitario².

Vista esta atención exclusiva, podría tentarnos hacer la historia de las uni-

¹ Véase, a este respecto, William CLARK, *Academic charisma and the origins of research university*, Chicago, University of Chicago Press, 2006.

² Niccolò AMMANITI, *Fango*, Milano, Mondadori, 1996 (el cuento se titula *Lo zoologo*).

versidades a partir de una perspectiva estructuralmente interna. Sin embargo, en el caso italiano, la sociedad, la política y la universidad se entremezclan, interactúan en una relación muy estrecha, muy fuerte. Como ejemplo a este respecto, piénsese un instante en las intersecciones entre universidad e historia de la sociedad italiana, en ocasiones dramáticas, trágicas, a partir de esta lista de grandes universitarios, asesinados por revolucionarios: Giovanni Gentile, autor de la reforma universitaria de 1923, asesinado el 15 de abril de 1944 en Florencia por los *gappisti*, partisanos comunistas; Aldo Moro, secuestrado el 16 de marzo de 1978 por las *Brigate rosse*: en su cartera, las tesis sobre las que iba a tratar en la universidad antes de acudir al Parlamento (y siempre fue en las aulas universitarias en las que «Sergio» Sokolov, un oficial del KGB disfrazado de estudiante, le abordó por razones que permanecen ignotas, obteniendo su amistad); Vittorio Bachelet, asesinado el 12 de febrero de 1980 por las *Brigate rosse*, en las escaleras de «Ciencias Políticas» de Roma; Ezio Tarantelli, economista, discípulo de Federico Caffé, asesinado el 27 de marzo de 1985, al salir de su clase; Roberto Ruffilli, director de un colegio universitario católico, gran especialista en historia institucional moderna, asesinado en su casa el 16 de abril de 1988; Massimo D'Antona, profesor de derecho del trabajo, muerto en la calle el 20 de mayo de 1999; Marco Biagi, economista, asesinado por las nuevas *Brigate rosse* ante la puerta de su casa el 19 de marzo de 2002. Todos eran universitarios: no sé si se podría elaborar una lista comparable para alguno de los demás países de Europa occidental.

Dicho esto, no puede negarse que existe un objeto específico «Universidad» dotado de cierta autonomía y que puede estudiarse como tal. En Italia, el centro especializado en este ámbito es el CISUI, *Centro interuniversitario per la storia delle università italiane*, que publica una bibliografía, un repertorio de historiadores especializados, una importante revista, los *Annali di storia delle università italiane*³, y diversas publicaciones, especialmente una historia colectiva⁴. En el centro de los análisis podemos encontrar: las leyes propuestas y aprobadas (el eterno fantasma de la reforma universitaria); los profesores (situación jurídica, incorporación, evaluación); los estudiantes; el gobierno de la universidad (poder de los rectores, decanos, consejos de facultad); la autonomía didáctica, científica, financiera; el estatuto disciplinar y la clasificación del saber;

³ Bologna, CLUEB, desde 1997; último volumen aparecido: 15, 2011 (on line).

⁴ Gian Paolo BRIZZI; Piero DEL NEGRO y Andrea ROMANO (eds.), *Storia delle università in Italia*, Messina, Sicania, 2007.

las condiciones de la investigación. Se trata de una literatura crítica seria, rigurosa. A esta producción erudita⁵, hay que añadir una abundante literatura polémica sobre los defectos de nuestra universidad, cuyo objetivo es tanto político como pragmático (conocer la universidad para cambiarla)⁶.

2. Es necesario entrar ya *in medias res*: propongo una rápida descripción de los tres períodos de la historia del sistema universitario italiano: 1923-1950, 1950-1980, 1980-a la actualidad. En el primer período (1923-1950) la universidad italiana era una sistema elitista, aristocrático; para poder hacerse una idea del volumen, de la evolución de sus dimensiones, teniendo en cuenta todas las proporciones, se pasó de un sistema 21 veces *más pequeño* que el actual en términos reales (1923) a otro 7 veces más pequeño (1950). La reforma Gentile de 1923⁷ reafirmó la autoridad central del Estado en relación a las realidades locales y de la Iglesia. Fue una operación ideológica muy ambiciosa, de diseño jerárquico y autoritario, en el que todo estaba incluido, fundamentado sobre la concepción idealista de la cultura humanista, de las humanidades –por consiguiente, con una devaluación de la ciencia positiva y de la técnica (¡aún hoy habitual!). Se trataba, al mismo tiempo, de una centralización institucional: *rettori*, senado académico, decanos nombrados por el Ministro. Sin embargo, esta autoridad se ejercía en un sistema que preveía las autonomías: en relación a la libertad de enseñanza, por ejemplo; o a la creación de universidades libres (como la Università Cattolica del Sacro Cuore de Milán); e incluso, en consideración a la práctica profesional, con la creación del *esame di Stato*, perdiendo el título de *laurea* la capacidad para dar acceso automático al ejercicio profesional.

A lo largo del *ventennio* fascista, este «espacio de libertad» se redujo pro-

⁵ Entre las publicaciones recientes, véanse por ejemplo Mauro MORETTI, “Sul governo delle università nell’Italia contemporanea”, en *Annali di storia delle università italiane*, 14, 2010, pp. 11-39; Chiara BOLOGNA y Giovanna ENDRICI, *Governare le università. Il centro del sistema*, Bologna, Il Mulino, 2011; Mauro MORETTI, “Sulla geografia accademica nell’Italia contemporanea (1859-1962)”, en Luigi BLANCO, Andrea GIORGI y Leonardo MINEO (eds.), *Costruire un’università. Le fonti documentarie per la storia dell’Università di Trento (1962-1972)*, Bologna, Il Mulino, 2012.

⁶ En todo este movimiento, pueden citarse aquí los recientes volúmenes de Raffaele SIMONE, *L’università dei tre tradimenti*, Roma y Bari, Laterza, 2000; Marino REGINI (ed.), *Malata e denigrata. L’università italiana al confronto con l’Europa*, Roma, Donzelli, 2009; Andrea GRAZIOSI, *L’università per tutti: riforme e crisi del sistema universitario italiano*, Bologna, Il Mulino, 2010; menos reciente, pero siempre útil, Livio SICHIROLLO (ed.), *Il resistibile declino dell’università*, Milano, Guerini e associati, 1999 (antología de textos sobre la universidad).

⁷ Real Decreto de 30 de septiembre de 1923, n. 2102.

gresivamente, con el régimen totalitario afirmando su poder –pero de una manera selectiva: sin reducción, por ejemplo, de la autonomía de la Iglesia. De hecho, la reforma Gentile sólo se aplicó parcialmente: a partir de 1935 se produjo una delimitación de las enseñanzas y de las disciplinas, anulando con ella toda libertad de elección (tanto para el estudiante como para los profesores). En cuanto a la ideología de Gentile, que obtuvo en 1931 un juramento de fidelidad de los profesores al régimen fascista –12 de ellos sobre 1.213 rechazaron prestarlo–, ocupaba una posición central, pues era también presidente de la *Enciclopedia italiana*, del *Istituto nazionale fascista di cultura*, y de varios centros de estudios especializados. Pero al mismo tiempo era contestada, bien por el universalismo católico del Vaticano –véase por ejemplo la estricta vigilancia del proceso de redacción de las materias religiosas de la *Enciclopedia italiana*–, bien por buen número de *gerarchi* fascisti que concebían el régimen totalitario de una manera muy nacionalista y racista.

Por su parte, a mediados de los años treinta se consolidó la ideología de Giuseppe Bottai, ministro de Educación nacional entre 1936 y 1943, autor de la *Carta della scuola* (1939), enamorado del nuevo orden imperial y racista (era el tiempo del *patto d'acciaio* [pacto de acero], del eje Roma-Berlín). En ese momento, la totalidad de los profesores se inscribió en el partido o en el sindicato fascista. Las ceremonias académicas adoptaron formas y ritos de las ceremonias militares y sobre todo religiosas (*camicia nera*), los estudiantes fueron encuadrados en los *Gruppi universitari fascisti*, GUF (aunque quedó un pequeño espacio libre para la *Federazione degli universitari cattolici italiani*, FUCI), los 400 profesores judíos fueron expulsados (también los estudiantes judíos, evidentemente). En definitiva, la universidad se dedicó a la homologación racial y política mucho más que a la investigación y a la ciencia. El propio ministro Bottai se alistó para ir a combatir, cuando se produjo la invasión de Albania (1939).

En cuanto a la influencia del régimen fascista sobre el trabajo científico, la versión de los hechos propagada en la posguerra, según la cual había existido una independencia de los académicos en relación al régimen –más allá de una aceptación puramente formal de los ritos fascistas, como el juramento de 1931–, es claramente inexacta, incluso fantástica: de puertas adentro, escaso disimulo, zona gris, o emigración interna. Por diversos motivos, la situación normal, ordinaria, fue más bien de conformismo, de obediencia, de adhesión a la ideología del régimen, la «colaboración natural» de los intelectuales–funcionarios, como se la podría definir.

Bien es verdad que no se produjo una depuración o una emigración de

profesores a causa del régimen (salvo en el caso de la expulsión de los académicos judíos en 1938). Los profesores italianos eran en su gran mayoría anti-liberales, anti-democráticos. Ello implicaba una “bassa pericolosità dell’ università”⁸ y una cercanía, una proximidad al régimen, a la que había que añadir el universalismo católico y una ideología autoritaria muy extendida. El giro imperialista y racista fue aceptado en lo esencial, como una especie de consecuencia natural. El universo ideológico de los profesores italianos hacía todo esto posible, de forma casi automática. El antifascismo, la toma de conciencia de la realidad de las cosas, partió, para la mayoría –de manera reveladora– de fines de 1942, cuando la derrota militar hizo abrir los ojos a muchos.

No es sorprendente, en consecuencia, que la transición a la *Repubblica* constitucional se produjera bajo el signo de la continuidad. La legislación del *ventennio* se mantuvo en lo esencial⁹. Los 56 profesores ordinarios, reclutados sin oposiciones ni méritos (salvo los *meriti fascisti*), fueron confirmados en sus puestos por el ministro Gonella (1947)¹⁰. Por otra parte, los profesores judíos expulsados en 1938 no fueron reintegrados (salvo algunas excepciones)¹¹.

3. En lo concerniente al período 1950-1980, puede plantearse en primer lugar el problema de la supervivencia de este universo ideológico autoritario en el tiempo de la restauración democrática. Despojada, casi totalmente, de su faceta imperial, racista y belicista, esta «estructura» ideológica quedó confrontada con una serie de destacados fenómenos: las consecuencias, difíciles de obviar, del desmoronamiento del Estado italiano en septiembre de 1943 y de la «muerte de la patria» (lo que planteaba el problema de la nación)¹²; la restauración de un orden democrático en el que no se creía, a lo sumo, ya a comienzos de la década de 1920; por añadidura, el imprevisto liderazgo, político y cultural, de los católicos (por ejemplo, pasó a sus manos la dirección de la *Enciclopedia italiana*); el poder cultural y político del Partido Comunista (PCI), cuyos militantes eran,

⁸ Cfr. Giovanni MONTRONI, “Professori fascisti e fascisti professori. Le revisione delle nomine per alta fama del ventennio fascista (1945-1947)”, *Contemporanea*, 2, 2010, p. 245.

⁹ Por ejemplo, el Real Decreto de 31 de agosto de 1933, n. 1592 y el Real Decreto de 30 de septiembre de 1938, n. 1652.

¹⁰ Giovanni MONTRONI, “Professori fascisti”, cit., *passim*.

¹¹ Véase Dianella GAGLIANI (ed.), *Il difficile rientro: il ritorno dei docenti ebrei nell’università del dopoguerra*, Bologna, CLUEB, 2004.

¹² Massimo MASTROGREGORI, “L’eclissi della nazione (1940-1945)”, *Rivista storica italiana*, 3, 2007, pp. 1245-1271.

en su mayoría, o al menos en parte, antagonistas de este universo ideológico.

Sin duda alguna, se produjo una lenta y profunda transformación de esta «estructura» ideológica. Dentro del sistema universitario, el autoritarismo entró en crisis: ya en 1941, los estudiantes anhelaban una cultura viva, introducida en las ciudades universitarias por medio de seminarios y del trabajo en común, para culminar en las clases y los exámenes.

Para hacernos una idea de la amplitud en este período 1950-1980, de la evolución de las dimensiones, teniendo en cuenta todas las proporciones, hay que decir que se pasó de un sistema universitario 7 veces más pequeño que el actual en términos reales (1950) a otro que alcanzó poco menos de la mitad del actual (1980). Un crecimiento, por tanto, considerable y muy rápido de todos los elementos en juego: los estudiantes se multiplicaron por 5 (los «fuori corso» por 2), los licenciados o *laureati* por 3,5, los profesores por 4, el presupuesto universitario en relación al destinado a la instrucción pública por 2, las becas por 19 (entre 1962 y 1970).

La relación entre sociedad, política y universidad adoptó una forma muy diferente a la previa: en estos momentos, y de forma más clara a fines de los años 1960, la universidad perdió su carácter elitista, para pasar a ser una universidad de masas. Se replantearon de arriba a abajo todos los ingredientes de la universidad tradicional: autonomía, libertad científica, autoridad. La «política» irrumpió en los campus y pasó a ser un elemento esencial bajo una multiplicidad de formas diferentes: partidos, organizaciones de masas estudiantiles, sindicatos u organizaciones de profesores estables.

Ni la legislación ni la administración gobernaban ya este tumultuoso desarrollo –en todo caso lo secundaban a través de los perpétuos *provvedimenti urgenti*. Se produjo un enorme retraso. En 1963 una comisión (centro-derecha) sugirió las soluciones que serían adoptadas veinte años más tarde, a comienzos de los años ochenta (*corsi di laurea*, departamentos, doctorado, Consejo nacional universitario). El proyecto de ley del ministro Gui (1965), elaborado según estas indicaciones, se desmoronó ante la acción convergente de la revuelta de 1968 y la fuerza parlamentaria del PCI –dos elementos que se combinaron, de un modo curioso, con las fuerzas conservadoras, y el lobby de los *professori ordinari* aterrado ante los cambios.

De 1968 a 1980, la universidad se convirtió en un campo de batalla específico en el que se enfrentaron fuerzas materiales e inmateriales muy diferentes: la exigencia corporativa de los *professori ordinari* para conservar el poder universitario; la voluntad del PCI de apoderarse de él por razones tácticas; la revuelta

de los estudiantes en 1968 y sus continuidades más o menos trágicas; el destino del saber científico, de la autoridad y de su prestigio; la gran conmoción de la conciencia occidental y el fin de la modernidad. En un plano estrictamente universitario, esta batalla tuvo un resultado inesperado. El enorme ejército de los *liberi docenti, incaricati, contrattisti, assegnisti y borsisti*, figuras diferentes del trabajo universitario temporal y transitorio, aunque retribuido –en 1975 lo engrosaban 35.000 personas, mientras que los *ordinari* eran más o menos 5.000– estaba considerado en 1980, tras la supresión de la *Libera docenza* en 1970, como un profesorado de segunda clase, totalmente desprovisto de poder real (*ricercatori y professori associati*). Los *ordinari* conservaron todo el poder universitario. Pero su dominio se ejerció sobre un paisaje profundamente modificado.

4. Terminada la batalla, o la guerra, el gobierno del sistema universitario italiano se encontraba mejor definido: las instituciones principales (rector, senado académico, consejo de administración, decano) eran funciones electivas, el juego de las elecciones estaba en manos de los *ordinari* (aunque también otras categorías participaban en el proceso electoral). Para dar una idea del volumen alcanzado en este último período del que vamos a hablar (de 1980 a hoy, *grosso modo*), se pasó de un sistema universitario que medía poco más que la mitad del actual (1980) a la presente situación tal como se evocaba al comienzo: 77 universidades –de las cuales una docena son importantes: Roma, 145.000 estudiantes; Bolonia, Florencia y Nápoles, 90.000 estudiantes; Milán, Turín, Bari, 60.000 estudiantes; Palermo, Padua y Pisa¹³–, 2 millones de estudiantes, 60.000 profesores e investigadores, casi 500 facultades. En cuanto a los cambios realizados en la legislación y la administración, puede hacerse constar cierta vivacidad e incluso, podría decirse, un activismo inaudito, justificable, al menos en parte, gracias a la presencia de los apremios comunitarios, europeos, y cuyos resultados más importantes son: autonomía más marcada a partir de los años noventa (estatutaria, financiera, en la enseñanza); racionalización administrativa; creación del *Ministero dell'istruzione, dell'università e della ricerca* en 1989; reforma de las atribuciones del Consejo Nacional Universitario (CNU) en 1997; muchos cambios, en ocasiones contradictorios, en el sistema de contratación; adopción del doble nivel licenciatura-máster¹⁴.

¹³ Raffaele SIMONE, *L'università dei tre tradimenti*, cit., p. 75.

¹⁴ Decreto ministerial del 3 de noviembre de 1999, n. 509.

No obstante, la incorporación de instituciones y prácticas habituales en otros países europeos no oculta ciertos caracteres específicos del sistema universitario italiano: la escasez de licenciados en relación al total de los estudiantes matriculados (1 sobre 10, aproximadamente) y a la población de entre 25 y 64 años (en 2005, el 12% para Italia, mientras que la media OCSE era del 25%); la considerable cantidad de estudiantes *fuori corso*, aquéllos que permanecen matriculados durante años sin obtener la licenciatura (algo más de 1 de cada 3); el hecho de que la gran mayoría de los licenciados provengan de los institutos, pese a la liberalización de las matrículas, y pertenezcan a clases, por así decirlo, privilegiadas; la ausencia casi total de formación técnica y profesional (que ocupa cierto espacio en otros países: 10% en Alemania, 16% en Inglaterra, 25% en Francia por ejemplo); en otro nivel, el reducido espacio de la investigación –que pese a todo mantiene una elevada calidad¹⁵– en relación a la enseñanza.

5. Es una identificación un tanto árida, sin duda, en la que se ha descrito la universidad como si fuese un sistema de transportes, o de comunicaciones, del que hubiese que medir la eficacia, calcular el coste, evaluar los resultados.

Algunas páginas de Eric Weil (extraídas de una conferencia de octubre de 1973, de la cual citaré la introducción y un pasaje sobre las humanidades), nos recordarán que se trata, por el contrario, de una realidad muy específica:

“Les remarques qui vont suivre –escribe– ne prétendent pas à l’exhaustivité. Elles ne font qu’effleurer quelques-uns des problèmes les plus aigus de l’enseignement supérieur, qu’il s’agisse de garantir à la fois un financement adéquat et la liberté à l’égard des pressions politiques ou autres, de faire regner le calme et la discipline sur le campus, d’organiser ou de réorganiser les carrières et les formations des enseignants, d’établir dans chaque matière un rapport raisonnable entre les effectifs étudiants et les possibilités d’emploi, ou de beaucoup d’autres problèmes, tout aussi graves et pressants. Mais ce n’est pas seulement parce qu’il est impossible de traiter la totalité des aspects d’un formidable problème dans un temps aussi limité, c’est aussi, et c’est même surtout, parce que certaines dimensions de ce problème semblent avoir beaucoup moins attiré notre attention que celles que nous venons de mentionner. Nous sommes ici confrontés à des questions qui, de par leur nature même, ne sauraient faire l’objet

¹⁵ Véase: Marino REGINI, *Malata e denigrata* cit., tab. n. 5.

d'une quelconque quantification ni d'une stricte programmation. Pour dire les choses comme elles sont, il s'agit en fait du sens et de la dignité de l'existence humaine; et ces problèmes sont nés de la révolution sociale et technologique qui, pour la première fois dans l'histoire, a permis, dans notre civilisation occidentale, de libérer l'être humain de la pression des besoins de première nécessité, pour le placer non seulement en position, mais encore dans l'obligation, de donner un contenu à son existence. Il se pourrait bien que ce soit là que résident les problèmes les plus fondamentaux de l'Université. [...]

Ainsi donc les humanités deviennent le coeur, l'essence même de l'Université. [...] L'état d'esprit du savant, son objectivité, son désintéressement, sont admirables: ils sont absolument nécessaires si nous avons le désir d'accéder aux faits mêmes, mais «admiration», «désir», termes que nous avons dû utiliser, font appel à des valeurs auxquelles nous adhérons parce que nous avons déjà fait notre choix, *ce* choix et non un autre. C'est la valeur de la science et de l'objectivité qui constitue *notre* valeur fondamentale, notre *valeur-axiome*. Mais aucun système n'est en mesure de prouver la validité de ses propres axiomes, puisque chaque preuve qu'il donne découle de ces mêmes axiomes. La véritable tâche de l'Université devient alors de comprendre ce qu'implique et exige notre choix. Tel a été l'objet de la philosophie et de l'histoire –l'histoire en tant qu'analyse de ce que nous sommes, autant qu'analyse du comment et du pourquoi nous sommes devenus ce que nous sommes, et la philosophie en tant qu'effort sans trêve pour nous connaître nous-mêmes, parvenir à définir ce que nous pensons réellement être et ce que nous souhaitons être. C'est là que l'homme n'est plus objet de recherche, mais devient sujet de décision et de réflexion. Là où la théologie a été détronée, et là où elle n'a jamais exercé aucun empire, seules les humanités se sont interrogées –et ont été en mesure de le faire– pour savoir s'il était bon pour l'homme de rechercher la maîtrise de la nature matérielle, de courir après la richesse, de créer la science, l'art, ou quoi que ce soit que nous ayons tenté, ou puissions encore tenter de faire.

Seules les humanités sont capables de formuler ces questions, alors qu'il est tant de prophètes qui ne connaissent que les réponses sans même savoir à quelles questions ils répondent –si tant est qu'ils répondent à des questions et ne se contentent pas, une fois installés au pouvoir, de supprimer purement et simplement la tradition et le droit de poser des questions”¹⁶.

¹⁶ Cfr. Eric WEIL, “Le rôle des universités. Les humanités et l'enseignement supérieur de masse”, *Commentaire*, 24, 1983, pp. 872 y 875.

Perdón por citas tan largas; estas páginas, dominadas por el reciente recuerdo de las revueltas de 1968, nos invitan a detenernos un poco sobre estos acontecimientos, síntomas o signos importantes para la comprensión de los entresijos de la cuestión universitaria.

Sería necesario regresar a las consecuencias de 1968, “l’anno degli studenti”. Los hijos se rebelaron contra los padres –y basta pensar en la película *El graduado* (de Mike Nichols), que se estrenó el 4 de septiembre de 1968 en Francia–, la destrucción de la autoridad arbitraria se consumó rápidamente, fue el fin de una larga tradición que sobrevivió al fascismo, la interrupción de la continuidad ideológica a la que se hizo referencia previamente: interrupción que arrojó a un pasado prehistórico todo aquello que no pertenecía al presente de la revuelta (y a su futuro). En el aislado mundo universitario hizo su irrupción la sociedad (y la policía), y las consecuencias sobre la historia social italiana iban a ser pesadas, especialmente en la adopción de un modelo de contestación violento que se propagó, a toda velocidad, mucho más allá de la ciudadela universitaria, como lo ha apreciado la historiadora conservadora Rosario Romeo¹⁷. Si se juzgan las reacciones al respecto de algunos grandes intelectuales, como Nicola Chiaromonte, Norberto Bobbio, Italo Calvino o Giulio Einaudi, parecía que la protesta tuvo en aquellos momentos serias posibilidades de triunfo, pese a la radicalidad de sus programas. Los *Documenti della rivolta universitaria*¹⁸ nos informan de los proyectos de los estudiantes: la destrucción del saber autoritario, en parte vinculado con el capitalismo; la conquista del poder universitario, y no una participación, un porcentaje, una co-gestión –*todo* el poder: no es sorprendente que el rector de Turín fuese descrito en la crónica de una asamblea universitaria como un espectro tembloroso. En el nivel de las prácticas, los estudiantes querían eliminar clases y exámenes; a lo que aspiraban era a seminarios libres, organizados por los propios estudiantes, en los cuales los profesores podían participar como expertos, pero cu-

¹⁷ Cfr. Rosario ROMEO, *Scritti politici*, Milán, il Saggiatore, 1990, pp. 30-32. Romeo observa que la importancia de 1968 se muestra “assai maggiore per l’Italia che per la Francia... da noi gli eventi di quell’anno tagliano in due la storia del dopoguerra, e aprono la nuova fase che viviamo tuttora... Dalle università il metodo [según la cual una minoría organizada impone su voluntad mediante la fuerza] si estese alle fabbriche, agli uffici pubblici, alle banche, agli aeroporti; e l’amnistia per i ventiquattromila reati denunciati in occasione dell’autunno caldo del 1969 ne consacrò e generalizzò la legittimità”.

¹⁸ *Documenti della rivolta universitaria*, editado por el Movimento studentesco, Bari, Laterza, 1968; véase también Rossana ROSSANDA, *L’anno degli studenti*, Bari, De Donato, 1968 y Franco CATALANO, *I movimenti studenteschi e la scuola in Italia (1938-1968)*, Milano, il Saggiatore, 1969.

yo contenido y temas los fijaban los estudiantes (los *contro-corsi* sobre el Vietnam, el psicoanálisis, América del sur, Mao Tse Tung).

En Turín se afirmaba sin rodeos que había que terminar con los libros; sólo habría que estudiar a partir de apuntes obtenidos por los estudiantes: las fichas de lectura reemplazarían las monografías. Y cuando la policía reestablecía el orden y la autoridad en las aulas, las clases eran interrumpidas súbitamente, y los profesores procesados sobre el terreno (*occupazioni bianche, guerriglia culturale*).

Pese a todo, y vista de cerca, esta voluntad revolucionaria se inscribía, al menos en parte, en una larga continuidad. Mediante las referencias a prácticas como la clase magistral o el examen, y las propuestas para su abolición, entran de lleno en lo más íntimo de la vida universitaria y podemos encontrar reiteradas tentativas sobre ello en Italia. La abolición de la dupla perversa compuesta por las clases *ex cathedra* y los exámenes arbitrarios y precipitados, ya había sido propuesta por Pasquali, Calamandrei y Papini entre 1910 y 1920, por Gentile en 1923, por los GUF en 1936-1941, por los estudiantes en 1946.

En lo que hace referencia a las prácticas universitarias –clase o lectura¹⁹, temas multicopiados (la clase, en ausencia del profesor), seminario, examen escrito u oral, trabajo o exposición final– la fórmula típicamente italiana fue, a lo largo del siglo XX y antes de que se adoptara un estilo más europeo: clase retórica del *barone* o explicación de textos por los *assistenti*, muy pocos seminarios (o ninguno), examen oral, casi nunca escrito, gran trabajo final (la tradición, en la universidad italiana, implicaba redactar muy pocos textos, antes de la exposición de licenciatura, la *tesi di laurea*; por el contrario, en nuestros institutos se escribe muchísimo). En cuanto a la severidad de los exámenes, el filósofo Carlo Galli se ha entretenido en comparar la amplitud de los programas y la cantidad de libros que había que estudiar para el examen de historia de la filosofía: en 1968, 3 libros del profesor, más las clases multicopiadas, y entre 5 y 10 clásicos (lectura íntegra); en 2000, el manual de historia de la filosofía, 2 monografías especializadas, 2 clásicos; en 2010, el manual, 1 monografía, 1 antología de los clásicos, 1 selección de páginas de un clásico que se analizaba en las clases²⁰.

Sin embargo, para comprender los rasgos relevantes de la universidad italiana no bastaría con dar cuenta de las ausencias en relación a otros sistemas

¹⁹ Véase Françoise WAQUET, *Parler comme un livre. L'oralité et le savoir, XVIe-XXe siècle*, Paris, Albin Michel, 2003.

²⁰ Carlo GALLI, "C'era una volta il professore", *La Repubblica*, 20 de julio de 2010, p. 39.

(nada de seminarios, ni de examen escrito o, desde otro punto de vista, la ausencia de estructuras para los estudiantes, como por ejemplo residencias). Habría que considerar la presencia de un trabajo obligatorio para obtener la *laurea*, trabajo cuyo estatuto es muy ambiguo, pues es a la vez memoria de licenciatura y tesis de doctorado (el doctorado fue introducido muy recientemente, después de 1980²¹).

A este respecto, el testimonio más elocuente es una absoluta obra maestra, reimpressa constantemente desde 1977, el *best-seller* de Umberto Eco, *Come si fa una tesi di laurea*, que ha llegado a la 20ª edición en Bompiani. Más allá de la rutina de las clases y de los exámenes, desacreditada tras la revuelta de 1968, la tesis –nos dice Eco– es la única ocasión “para recuperar el sentido positivo y progresivo del estudio, concebido como la elaboración crítica de una experiencia, útil en el porvenir”. Eco redacta un manual pleno de detalles, de consejos prácticos y de ejemplos, destinados a unos estudiantes *sessantottini* con afán de trabajar de forma seria y de llevar a cabo una verdadera investigación por primera vez en su vida. Este libro, sin tocar directamente la cuestión de la autoridad, acabó siendo un elogio de la cultura y de la seriedad en el estudio, pese a la revuelta de 1968.

6. Dos consideraciones, a modo de conclusión. Primera: es posible describir el sistema universitario italiano mediante un oxímoron, como una centralización dispersa o fracasada, incluso como una autonomía con tendencia centralizadora.

En suma una centralización, a falta de otra cosa, siempre atrasada e ineficaz. El carácter original del sistema es sobre todo la dispersión, el triunfo de lo *particolare* de nuestro Guicciardini, la multiplicidad un poco salvaje (que acaba siendo a menudo una riqueza). Sin duda alguna, a partir de la unificación nacional, a fines del siglo XIX, se intentaron superar las particularidades locales. Pese a todo, en general, la fase nacional de la historia europea –hasta los años 1960 del siglo XX, en líneas generales– terminó en Italia sin tener por resultado una unificación realmente sólida. No sé si se producirá un proceso de unificación, en virtud de coacciones externas, en la nueva fase global y supranacional en la que nos encontramos actualmente. Pero sin duda la solución de algunos problemas –como la relación central-local en el sistema universitario o

²¹ Cfr. Roberta MEO y Paolo VARVARO, “Il dottorato di ricerca: una Batracomiomachia”, *Belfagor*, 5, 1992, pp. 595-606.

la definición de un cuadro disciplinar que pueda equilibrar las relaciones de fuerza entre los *baroni*— se beneficiaría con la adopción de valores comunes.

Última observación: es bastante habitual, en Italia, denigrar la universidad por el escaso número de licenciados o por las elevadas cifras de los *fuori corso*. Pese a ello puede defenderse que el crecimiento de nuestro sistema universitario, que acabo de evocar rápidamente, es en sí mismo un indicador de progreso cultural. Este crecimiento, desarrollado sobre todo a partir de 1945, es del mismo orden que el aumento del número de vehículos en circulación durante el mismo período. El prejuicio desfavorable hacia una universidad de masas, tan extendido en la literatura polémica, sólo puede llevar a establecer universidades de élite de investigación pura, más o menos pequeñas, destinadas a los más ricos, a los mejores o a los más afortunados, y al abandono de la inmensa mayoría de los demás estudiantes —que por el contrario aprovecharían sin duda alguna el contacto con la investigación tal como se lleva a cabo— a instituciones dedicadas exclusivamente a la enseñanza. La universidad debiera aprender a vivir en un mundo que ya no existe, y para ello el aporte de una investigación original —la de los profesores carismáticos— se antoja indispensable.

[Traducción: Francisco Javier Caspistegui]